



PQ2244
F2
C658
N.1

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina Typograph.—Barcelona.

LOS COMPAÑEROS DEL SILENCIO

PRÓLOGO

LOS SIETE ANILLOS DE HIERRO

El valle de Martorello

La parte meridional de la bahía de Santa Eufemia, situada en la Calabria ulterior segunda, frente á las islas de Eolo, forma una hermosa playa semicircular, cuya curvatura, vista desde el mar, recuerda exactamente la idea del anfiteatro antiguo.

Hacia el centro del semicírculo desemboca el Bréntola, el cual, tomando origen en la parte superior de Monteleone, se derrama en la arena dividido en millares de riachuelos. Este es el lugar donde antes de la restauración de 1815, trabajaban los caballeros herreros (*cavalieri ferrai*) de Martorello.

A lo largo de esta playa no se observan ruinas visibles, pero está llena de recuerdos.

Martorello es un valle bastante dilatado que se extiende oblicuamente hasta la playa por un pe-

queño desfiladero, en el que el Bréntola divide una corta cadena de rocas.

Desde la playa, no puede distinguirse el valle de Martorello sino colocándose enfrente del estrecho por donde pasa el río.

En el punto en que la carretera cruza el Bréntola por medio de un pequeño puente de piedra, se eleva una casa cuadrada, sólidamente construída, que parece datar á lo menos de unos cincuenta años. Una inscripción en caracteres claros y distintos colocada sobre la puerta principal, anuncia á los viajeros que se hallan enfrente del mesón del Cuerpo-Santo (*Osteria dello Corpo-Santo*).

A pocos pasos del mesón, el camino, el valle y el río forman un recodo repentino, para tomar una dirección perpendicular á la ribera.

El río, el valle y el camino se desvían de esta manera, costeano una subida de roca quebrada, en cuya cima se levanta el majestuoso convento del Cuerpo Santo que dió su nombre al humilde mesón.

El 15 de Octubre de 1823, Bautista Giubetti, cochero de Monteleone, volvía del pequeño puerto de Palmi, llevando cuatro viajeros en su *carrozza* completamente nueva, tres en el interior, uno en la berlina que al propio tiempo servía de pescante.

Tiraban su carruaje dos buenos caballos del Abruzzo citerior, acabados de herrar y ostentando bellos penachos de lana, cuyo adorno había dispuesto la joven esposa de Bautista, á su partida de Monteleone.

En los matrimonios juveniles todo es interesante, en todo se echa de ver la felicidad de la luna de miel.

Bautista era un mozo jovial, un poco pálido y muy delgado, pero airoso, y que llevaba con

orgullo sus rizos de mujer. Andaba á todo correr, más deseoso de llegar á su destino que los mismos viajeros.

En el interior había un hombre de unos cuarenta años, de aspecto enfermizo, cuya calva cabeza cubría un gorro negro de seda. El solo ocupaba el fondo según los términos expresos de su contrato con Bautista Giobetti.

En el asiento de delante estaban sentados de espaldas dos jóvenes de distinto sexo.

El adolescente llevaba ese traje semiclerical, que, en todos los países, es el distintivo de los discípulos de los seminarios. La muchacha vestía una ropa de tela gris y un sombrero de paja de Francia que no revelaban un estado opulento, pero tampoco la joven parecía dar á ello mucha importancia. A pesar de la viveza de sus ojos y la finura de su encantadora sonrisa, tenía un aspecto todavía más reservado que su compañero.

Era una tierna religiosa en ciernes, así como el otro un aspirante al sacerdocio: de ambos abunda el reino de Nápoles.

La joven era además bella y graciosa, y casi diríamos que era más bella que graciosa, si el encanto infantil é ingenuo de esa sonrisa que á cada instante penetraba á través de su fisonomía austera, no le hubiese dado un donaire inexplicable.

Su fisonomía austera la había formado la educación, su sonrisa la naturaleza. La lucha empeñada en el terreno de esa deliciosa fisonomía entre la petulancia natural y la reserva enseñada, tenía verdaderamente algo de original.

El delineamiento de su rostro era á la vez delicado y atrevido; su frente, en la que brillaba en alto grado la inteligencia, veíase coronada de negros cabellos, cuya abundancia, más bien disimulada que puesta en relieve, iba á perderse bajo una gorra de tela transparente desguarnecida. Sin

esta gorra, el pobre sombrero de paja hubiese sido casi elegante.

La mirada parecía pensativa, volviéndola á voluntad más grave. Una alta gargantilla daba al vestido ese aire de recato que la gorra imponía al sombrero.

Y, sin embargo, bajo este atavío seguro, era fácil adivinar la fina flexibilidad de un talle ya formado, que hubiera hecho cruzir los brillantes pliegues del raso.

En ese rostro, que indicaba á un tiempo bondad, gracia infantil y un cierto rasgo de carácter aventurero y atrevido, aparecía una sonrisa tan afectuosa cuando miraba á su hermano, que aun los indiferentes hubiesen sentido nacer el más vivo interés.

Su compañero, es decir, ese seminarista de largos cabellos rubios que sólo aguardaban la tonsura, era sin duda su hermano, pues había en ambos una semejanza que no podía engañar; pero la gravedad del joven era más sincera y natural.

Al parecer, el joven tenía unos dieciocho años y su hermana dieciséis.

Cuando se dirigían mutuamente la palabra, siempre en voz baja, hacían uso ya de la lengua italiana ya de la francesa; y en los dos casos su lenguaje participaba de igual pureza. Pero no pronunciaban recíprocamente sus nombres sino en francés.

El hermano se llamaba Julián y la hermana Celestina. El hombre de los dos asientos del fondo llevaba también un nombre francés, pues al acomodar el conductor á los viajeros en el acto de la partida le había llamado M. David.

Desde el principio del viaje, M. David guardaba el más profundo silencio; apenas se había dignado lanzar alguna mirada distraída y taciturna á la joven pareja que tenía enfrente, y sólo

nabiendo oído pronunciar á Celestina la palabra bandido, se había encogido de hombros, afectando cierta especie de desdén.

Los que viajan por las Calabrias pronuncian con frecuencia aquella palabra: los cobardes se horripilan; los escépticos hacen como nuestro enfermo del gorro negro de seda, se encogen de hombros. M. David tenía sus razones particulares para encogerse de hombros cuando se hablaba de bandidos.

La figura de este hombre era melancólica y biliosa, su cabeza de genovés un poco estrecha, pero suelta y atrevida. No se puede decir que tuviese una fisonomía ruin, pues en nuestro siglo utilitario esta palabra ha llegado á no tener sentido y necesita reemplazarse por otra expresión más precisa.

Notábase en la mirada fría y triste de M. David una profunda fatiga que podía fácilmente traducirse por la palabra *misantrópia*, y en las líneas de su boca una expresión de amargura y severidad.

Su frente, aunque inclinada para atrás, era bastante alta; la curva de su nariz era provocadora. En suma, el aspecto general de este rostro indicaba la reflexión, la reserva, la austeridad y quizás el egoísmo.

No nos queda que pintar más que un personaje: el compañero del conductor, el que estaba sentado á su lado en la berlina. Era éste un arrogante mozo de semblante vivo y osado; la meditación no parecía tenerle embargado, y su mirada clara é indiferente recorría el vecino paisaje, mientras sus dedos, afilados, blancos y hermosos como los de una condesa, doblaban un cigarrillo de papel.

En el libro del conductor hallábase inscrito con el nombre de caballero de Athol; acababa de lle-

gar de Sicilia y sólo había tomado pasaje hasta el convento del Cuerpo-Santo.

Parecía estar en la flor de su juventud, y sin el bigote negro que sombreaba su labio superior, se le hubieran señalado apenas de veintidós á veintitrés años. Muellemente reclinado en la berlina, no podía juzgarse de su talla, pero se dejaba fácilmente adivinar que era alto, y la misma negligencia de su postura descubría cierta maravillosa flexibilidad.

Nuestro joven viajero, cuya hermosa boca dejaba pasar una voz dulce y sonora, no podía ser un inglés. Y sin embargo, Bautista, el cochero, le llamaba milord.

Tal es el resultado de esa fiebre de viajar, que desde cincuenta años á esta parte, se ha apoderado de los cuchilleros de Birmingham; meros fabricantes de navajas, vanse á pasear á Grecia ó Italia, y reciben muy orondos el título de milord.

Por lo demás, el nombre de Athol es ilustre en la otra parte del estrecho, pues pertenecía á los antiguos soberanos de la isla de Man. Hállase inscrito con título ducal en la lista de los pares del Reino Unido.

Es un gran nombre llevado por muy grandes señores.

Apresurémonos, no obstante, á decir que nuestro caballero de Athol no tenía derecho á sucesión á la cámara de los Pares, pero sí tenía la savia atrevida de su juventud y la suerte.

El camino que asciende de Tropea á Monte-leone se hundió primero en tierras bajas, y después vuelve á subir rechazado por el asiento del Monte Mimo, de modo que costea un instante el borde del mar antes de llegar al cabo Vaticano.

—Contemplad esto, milord—dijo Bautista en el momento en que el recodo del camino descubría

el mar Tirreno;—¡he aquí una hermosa vista! Hacia atrás se distingue perfectamente la antigua Trinacria... ó Sicania, cuya capital era Siracusa en tiempo de los romanos y ahora Palermo: produce vinos excelentes, frutos, trigo, aceite, seda, lana, algodón, azúcar, maná, miel, cera... aire puro y sano, mar abundante en pescado... célebre por su volcán llamado el Etna, el cual se eleva á tres mil y tantos metros sobre el nivel del mar. Contiene minas de oro, plata, cobre, plomo y hierro... canteras de pórfido, mármol, jaspe, ágatas, esmeraldas... Produce alumbre, vitriolo, azufre... Pero vuestra excelencia viene de allí—se interrumpió Bautista demasiado tarde.

Todos los conductores de carruajes tienen su poco de cicerones y aprovechan con placer la ocasión de colocar su *boniment*.

—A la izquierda, milord—continuó Bautista,—se hallan las islas Lipari, la principal de las cuales...

—¿Qué hay ahora en Martorello?—preguntó bruscamente el joven viajero.

Bautista estuvo á punto de soltar las riendas, y miró al caballero de Athol sorprendido.

—¿Su Excelencia habrá estado ya en el país?—le dijo.

—Te pregunto, amigo mío—repitió el caballero de Athol,—¿qué hay ahora en Martorello?

—Pues bien—respondió el conductor,—en Martorello, milord, no hay nada que yo sepa.

—¿Qué ha sido de los Seis?

—¿Los Seis?—repuso Bautista con aire inocente. Al propio tiempo sacudió un fuerte latigazo á sus caballos.

El caballero de Athol se puso á silbar muy dulcemente el aire de Fioravante:

¡Amici, allegri, andiamo alla pena!...

—¡Una bella canción napolitana, milord!...—murmuró el conductor, cuya agitación era visible.

—¿Qué ha sido *de los Seis*?—repitió el viajero.

—¡Oiga!—refunfuñó Bautista,—parece que no faltan gentes que sepan de música.

—Dame tu mano—dijo el caballero de Athol,—si es que conoces el carbón y el hierro.

Bautista dió su mano temblando.

—Bien, bien—dijo al sentir la doble cruz que el extranjero hacía en la palma de su mano,—yo he oído hablar de esto á un agente del rey Fernando que ejercía su profesión por la parte de Monteleone...

El caballero de Athol se sonrió y dijo:

—Amigo, eres un mozo prudente.

Después soltando la mano de Bautista y mirándole de frente:

—¿Hay algo más fuerte que el hierro?—le dijo distintamente.

—La fe—replicó el conductor con decisión.

—¿Hay algo más negro que el carbón?—añadió el joven viajero.

—La conciencia del malvado.

—¿Tú eres compañero?

—¿Vos sois maestro?... ¡Gracias á Dios! Tengo una mujer y un hijo que está por nacer... ¡Pero, por San Juan, mi abogado, precursor del Cristo, si es necesario ir, iré!

—¿Qué ha sido *de los Seis*?—preguntó por tercera vez Athol.

—Excelencia—respondió Bautista,—si sois maestro, ¿cómo lo ignoráis?

—¡Habla!—mandó el joven viajero,—¡en nombre del carbón y el hierro!

—Eran *siete*...—murmuró el conductor

—Yo sé dónde está el sepulcro del séptimo—añadió el caballero de Athol con melancolía.

II

Mario Monteleone

Bautista se descubrió respetuosamente é hizo la señal de la cruz.

—¡El séptimo era un santo!—dijo.

Después repuso con aire sombrío:

—Cuando fué asesinado Mario Monteleone, tres veces conde, dos veces barón, y maestro de los caballeros herreros, los seis hidalgos fueron proscritos... Yo repito lo que he oído, Excelencia. Una noche vinieron hasta aquí: era el 15 de Octubre de 1816. Hiciéronse abrir las puertas del convento de Corpo-Santo, allá abajo, encima de Martorello, y declararon la *vendetta* al asesino de Mario Monteleone.

—¿El nombre de este asesino?—preguntó Athol.

Como el conductor titubease y se volviese cada vez más pálido, Athol añadió:

—¿No te atreves á pronunciarle?

—Hoy hace cuatro semanas—respondió Bautista bajando la voz,—que murió el marqués de Francavilla...

—¿Cómo murió?

—De una puñalada en el corazón.

—¿Y ese marqués de Francavilla era gobernador de Piza cuando se efectuaron las ejecuciones?

—Sí, signor... y en el momento de su muerte, intendente de la Calabria ulterior segunda.

En los Estados del rey de Nápoles, el intendente es el jefe de la administración provincial y sus

poderes son mucho más extensos que los de nuestros prefectos.

—Francavilla era culpable—dijo para sí mismo el caballero de Athol,—pero no fué él quien mató á Monteleone el santo... ¿Los Seis no han buscado más arriba?

—¿Más arriba?—repitió el conductor;—no... Giacomo Doria murió en su cama... sus dos hijos poseen su herencia.

—¿Se tenían sospechas del conde Giacomo?—preguntó vivamente Athol.

—Yo repito lo que se dice—dijo Bautista por segunda vez;—los Doria tienen los bienes de Monteleone... Y el conde Giacomo estaba en el país cuando sucedió la desgracia.

El joven viajero meditaba.

—¿Y más abajo?—dijo de repente.

—¿Más abajo?—volvió á repetir Bautista.

—¿La venganza de los seis no se ha dirigido más abajo?

—¡Ah! signor, yo no puedo hablar sino de rumores... Hay todavía el coronel...

—¿Trencapelli?

—El mismo... El coronel Trencapelli fué hallado, hace ya tiempo, en el camino de Cosenza de cara en un charco... La punta de un puñal calabrés salía por su espalda...

—¿Era el puñal de un compañero?

—Era el puñal del Silencio.

En el interior, el hombre del gorro negro de seda tenía los ojos cerrados y parecía dormir.

Celestina oprimía suavemente la mano de Julián entre las suyas.

El carruaje había llegado á la cima del cabo Vaticano y se desplegaba ante nuestros pasajeros todo ese gran paisaje, tranquilo y silencioso, de la bahía de Santa Eufemia.

—Contemplemos, hermano—dijo Celestina,—ese hermoso golfo del cual me estás hablando desde el principio del camino... Cuéntame dos ó tres capítulos de las *Victorias y Conquistas*.

—Este es un capítulo de las *Desgracias y Reveses*, hermana mía—contestó Julián;—la historia la tengo aquí en mi cabeza, mejor grabada que si la hubiese leído en algún libro... El que me la contó fué testigo ocular... El buen Manuel.

—¿Nuestro querido Manuel estaba allí?—exclamó la joven.—¡Oh, Julián! Hazme esa relación, será como si hablásemos de nuestro excelente padre.

En este momento los ojos de M. David se abrieron imperceptiblemente; lanzó una mirada rápida á la joven, y volvió á cerrar los párpados. Fuera de este movimiento físico de los párpados y la mirada que brotó de sus pupilas, su fisonomía no cambió en lo más mínimo.

—¿Piensas que Manuel sea realmente nuestro padre?—preguntó de súbito Julián.

—Me sería muy sensible que no lo fuese,—contestó Celestina.

Esta esperó con una especie de ansiedad á que su hermano añadiese alguna cosa más, pero Julián mudó de conversación.

—Sí, sí—repuso,—Manuel me lo ha contado muchas veces... Hay en esa historia un conde de Monteleone, que se parece á los héroes de la antigua Grecia y de la antigua Roma... No es á causa de Murat que tengo tan presente la historia de Manuel... sino á causa de Mario Monteleone.

—Ya escucho—dijo Celestina tomando un aire atento y cruzando sus bellas manos blancas sobre sus rodillas.

Fuese casualidad ó intención, M. David se movió en su asiento y entreabrió los párpados.

—Oye, hermana—dijo Julián,—es necesario to-

mar las cosas desde su principio... Mario, descendiente de los condes de Benavento, conde de Monteleone, de Palazzi y de Viserta, barón de Civita Galla y de Vittola, era primo del rey Fernando y el más gran señor de las Calabrias. Huérfano de padre y madre, había sido educado en la corte con el heredero de los Doria, y con Francisco, príncipe real de Nápoles, hijo único de Fernando. El rey amaba á los tres jóvenes con una ternura casi igual, y si alguna vez acariciaba más á alguno de ellos, era á Mario Monteleone.

El rey decía:

—Mi hijo Francisco de Borbón y Giacomo Doria, son nobles; Monteleone es príncipe.

El cariño que el rey le profesaba debía ser muy grande, pues no dejó de querer á Mario Monteleone, cuando éste, arrastrado por las ideas de libertad que se apoderaron de todos los corazones generosos hacia el fin del siglo último, abrazó el partido de los reformadores.

Giacomo Doria le siguió. El mismo príncipe Francisco, seducido por la elocuencia de Monteleone, dicen que se prestó á tomar parte en el movimiento, y que ambicionaba el título de libertador de Italia. Pero Mario Monteleone no quería los extranjeros; así es que cuando el general francés Championnet puso sitio á Nápoles en 1799, se mezcló, con los brazos desnudos y el cinto rojo alrededor del cuerpo, en esos batallones de pescadores y lazzaroni que defendieron á Nápoles con tanto heroísmo.

El rey Fernando apretó esa mano aun negra de pólvora y tuvo á Mario mucho tiempo abrazado llamándole hijo suyo.

Después le preguntó:

—Sobrino, ¿qué quieres?

—Señor —respondió Mario Monteleone,—quero libertad de Italia.

El rey Fernando I, el mismo que hoy nos gobierna, y cuyo reinado cuenta ya cincuenta y cuatro años, prometió reformas.

Mario Monteleone esperó, hasta que cansado de esperar, un día se despidió de Fernando de Borbón, dejando la corte para retirarse á sus tierras.

Acontecía esto á principios de este siglo. Monteleone vivió desde luego en la soledad, no teniendo más que un amigo, Giacomo Doria, su antiguo compañero de armas y de placeres. Cuando éste volvía á Nápoles, Monteleone quedaba solo con una joven parienta educada en su familia por caridad y que le hacía las veces de hermana. Llamábase Bárbara de Monteleone. Mario la amaba por su carácter ingenioso y humilde, por su educación esmerada y por su piedad. Quizá Bárbara amaba á Mario de otra manera.

Me parece estar viendo esta mujer que tantas veces me ha retratado Manuel. Era bonita de cara, pero un accidente que le había sobrevenido en la infancia, vició su talle. Sus espaldas desiguales, su tronco encogido y desviado, imprimían á toda su persona un sello de deformidad. Para disimular este defecto, vestía siempre trajes anchos y de color serio, como los de las monjas.

Tenía algunos años menos que su pariente y protector.

Quando en 1801 Monteleone se casó con la bella María de los Amalfi, Bárbara recibió á la joven desposada con gracia y afección. Pero se la vió pronto enflaquecer y volverse pálida; apoderóse de ella una enfermedad de languidez á la cual hubiese sucumbido si no la hubiese salvado un sabio médico que un alemán, secretario del conde de Monteleone, hizo venir de su país. Desde entonces conservó siempre un tinte de pálida lividez.

María de los Amalfi, la nueva esposa del conde, era de una familia ilustre, pero sin fortuna. El conde no tenía necesidad de riquezas. ¿Qué hubiera podido añadir un rico dote á sus inmensos dominios?

Pero María poseía la beldad de un ángel. Su corazón era aún más angelical que su hermosura. Si no llevó al conde riquezas, á lo menos le aportó su juventud interesante, un alma tierna llena de amor, un talento cultivado y un corazón noble que sabía participar de todas las desgracias.

Poco tiempo después de la enfermedad de Bárbara, Dios quiso colmar las alegrías de Monteleone dándole un hijo de María.

¡Cuántas esperanzas alrededor de esta querida cuna! ¡Y cuánto amor!

Bárbara, más loca aun que la joven madre, no podía verse satisfecha de acariciarle y disputaba siempre el recién nacido á la nodriza, pues le quería continuamente en sus brazos.

Pero de súbito un manto de duelo cubrió esas alegrías de familia y esas tiernas esperanzas.

Una mañana la nodriza trajo llorando la cuna vacía.

Bárbara se mesaba los cabellos; su dolor fué en cierto modo más intenso que el del padre y la madre.

Después del primer momento de estupor, tratóse de indagar qué mano podía haber dado tan terrible golpe. ¿Qué responder? La nodriza tenía su madre en el país: era una vieja llamada Berta. Esta sólo pudo decir que una cuadrilla de gitanos había acampado en el valle. Berta pertenecía á Bárbara y como ella adoraba á la madre y al hijo.

Se despidieron correos á todas partes: Bárbara aguardaba su vuelta en la ventana más alta del castillo, y cuando los distinguía de lejos corría

á su encuentro. Pero en ninguna parte hallaron ni gitanos ni niños. Desvaneciése la última esperanza y reinó el triste silencio en el castillo antes tan alegre.

Esto duró un año.

Pero Monteleone poseía en su corazón recursos contra esa muerte anticipada que constituye el desaliento. Miró alrededor de sí y vió miserias que socorrer, heridas que cicatrizar, beneficios que prodigar. Aquel día pareció despertar. En los dominios de Monteleone había una gran comarca arruinada por los temblores de tierra, las epidemias que siguen siempre á los cataclismos y la indolencia inveterada de sus habitantes. Monteleone dijo para sí: vamos á formar hombres de esos infelices; quiero que se vea en las Calabrias, por la primera vez desde cien años á esta parte, un pueblo de trabajadores. Y puso manos á la obra.

Durante su reinado, pues era un rey en esta parte de la Calabria ulterior, vióse crecer y florecer el olivo, trepar la vid por el olmo, ondular el maíz de oro á favor de la brisa en las vertientes en otro tiempo desiertas de las colinas; el Fresno dió el maná, y el arroz sembrado cubrió los pantanos de un rico manto de verdura.

Mas esto no era bastante. La nodriza del mundo tiene dos pechos: la agricultura y la industria. Mario Monteleone quiso, después de la agricultura la industria, y como el orgullo estúpido de los calabreses contrariase sus designios, tomó un día un martillo con sus propias manos y batió hierro en el yunque.

Este suceso hizo gran ruido. En todo el reino de Nápoles no se hablaba sino de Mario Monteleone, *il Benefattore*, como se le llamaba.

Los jóvenes cortesanos reían á grandes carcajadas de su martillo de hierro, pero el pueblo le bendecía

El rey Fernando oyó hablar de sus herrerías, la principal de las cuales estaba en Martorello, á algunas leguas de aquí. El rey dijo riendo:

—Una vez en mi vida quiero ver trabajar á mis calabreses.

Pero lo que en realidad le llevaba allí, era su antiguo pupilo, al que llamaba ingrato, y al cual acusaba de haberle abandonado. En 1805 salió de Nápoles con intención de llevarse á toda costa.

Mario, conde de Monteleone, recibió al rey con el mandil de cuero y el martillo en la mano.

Después que el rey *vió trabajar* á sus calabreses, mudó de parecer y dijo á Monteleone al tiempo de abrazarle:

—Quédate aquí... tú me has resucitado un reino.

Y le dió la gran cruz de la orden de San Fernando, y autorizó solemnemente la Asociación de los caballeros herreros, de la cual Monteleone era el gran maestro. Seis hombres de confianza que tenía, la mayor parte amigos y parientes, compusieron esta asociación de caballeros herreros (*cavaliere ferrai*). Poco tiempo después fué disuelta por el mismo rey Fernando.

Cuando sobrevinieron los sucesos de 1808, Mario Monteleone y sus amigos resistieron cuanto estuvo en su mano la influencia francesa. Mario hizo además un viaje á Sicilia para ofrecer á Fernando de Borbón, su amo y amigo, la cooperación de su espada. El rey le dijo:

—Te aguardaba.

Mario le besó la mano con lágrimas en los ojos. El caballero despertaba de su sueño.

Durante este viaje á Sicilia volvió á sentirse la felicidad en la casa de Monteleone.

Dios había tenido compasión de su servidor. La felicidad había vuelto á la familia. El tiempo no había bastado á cicatrizar la llaga abierta en los corazones del conde y la condesa con motivo de

la pérdida de su primogénito; pero dos veces la unión bendita de estas dos almas había sido fecunda. María de los Amalfi, siempre joven y más encantadora en la expansión de su hermosura, había dado á luz otros dos hijos: un varón y una hembra.

Aquí se interrumpió Julián y dijo:

—¡Esto te parecerá una hermosa novela, mi pobre Celestina, y, sin embargo, Manuel me lo ha contado, Manuel que no es poeta!

Mario Monteleone era tan feliz, que quiso concentrar toda su felicidad en un solo punto, edificando un templo á sus alegrías. Para ello elevó un pabellón de mármol en el centro de este valle, cuya prosperidad era obra suya, en Martorello. En un aposento del piso inferior, situado un poco más bajo del nivel del suelo, colocó el lecho nupcial y las dos cunas. El lecho nupcial estaba entre dos blancas-cunitas en las que dormían dos amores. Allí se retiraba con María de los Amalfi, más bella aun con sus ternezas de madre feliz, á gustar, desde este mundo, todas las felicidades del paraíso.

¿Tengo necesidad de decir que una primera desgracia había despertado el cuidado y la prudencia del padre y de la madre?

Entretando los dos niños crecían. Si Monteleone podía pasar por la providencia del país, María de los Amalfi era su ángel, al cual guardaba el amor de todo un pueblo.

Cuando Monteleone volvió de su viaje á Sicilia, nadie salió á su encuentro en ese camino donde sus ojos buscaban á María su mujer y á sus dos alegres querubines... ¡Nadie!

Al traspasar el dintel de su casa notó el más profundo silencio.

—¡Esposa mía!—exclamó,—¡hijos míos!... ¿Dónde están mis hijos y mi mujer?

Nadie respondía. En fin, uno de los seis caballeros herreros, ese alemán que había sido su secretario, le dijo:

—Maestro, revestíos de todo vuestro valor. Dios os ha herido: ¡ya no tenéis hijos, y vuestra mujer se está muriendo!

Monteleone entró en el aposento de mármol, sentándose en la cabecera del lecho de su esposa, la cual no le reconoció. En su delirio hablaba de sus hijos, les veía, les besaba, y esas vanas caricias acababan de traspasar de dolor el corazón del desgraciado padre.

Hé aquí lo que había pasado:

El valle de Martorello sólo está separado de la playa por una colina estrecha ó ribera escarpada, en la cima de la cual vivía esa vieja llamada Berta, madre de la criada que cuidaba de los niños. Unos días antes de la llegada de Mario Monteleone, la sirvienta fué á ver á su madre, llevándose consigo los dos niños en el pequeño coche en que solía conducirlos. Al anochecer volvió gritando y llorando. Dos hombres enmascarados habían entrado en la choza de Berta, arrebataron á los dos niños, y la sirvienta vió á los ladrones desde la cima de una colina hacer fuerza de remos hacia una embarcación berberisca fondeada en las aguas de Stromboli.

Monteleone no pudo interrogar á la criada por haberse ahogado en las aguas del Bréntola. Bárbara, tan desesperada como la misma madre, no hacía más que llorar y gemir.

Monteleone hizo tapiar el pabellón de mármol, en el cual quedaron el lecho nupcial y las dos cunas, como una especie de tumba de su felicidad. María de los Amalfi no pudo entregar su alma á Dios, sino que curó, pero el Señor le tuvo compasión y no le devolvió la inteligencia. Su locura consistía en creerse muerta.

Una tarde al anochecer los seis se reunieron en la casa de Mario Monteleone, donde el alemán dijo:

—Maestro, los que os aman piensan por vos... La casualidad no hiere dos veces precisamente en el mismo sitio... Para estos dos golpes es necesaria la mano de un traidor... ¿Quién hace el mal sino el que está interesado en hacerlo?... Ahora que vos no tenéis hijos, Giacomo Doria es vuestro heredero legítimo.

—¡Qué!—exclamó aquí Celestina interrumpiendo la narración de su hermano,—¿acaso?...

Julián repuso:

—Hé aquí lo que respondió Monteleone á esta observación:

«Giacomo Doria es primo mío y nos hemos criado mucho tiempo como hermanos... Ya Bárbara mi parienta me ha hablado como vosotros y la he reprendido severamente... ¡Conserve Dios á Giacomo los dos hijos que le ha dado!... ¡Prohibo á cuantos me aman y obedecen emprender cosa alguna contra la casa de mi primo Doria!»

—¡Era un santo!—murmuró Celestina.

—Sí—dijo Julián,—era un santo... y Dios le trató como á tal, pues hizo de él un mártir.

Monteleone fué proscrito por el nuevo gobierno y tuvo el dolor de ver confiscar sus condados y baronías. Con todo, el rey Joaquín dejó subsistir las herrerías de Martorello, pero haciéndolas vigilar por un intendente ó prefecto especial.

No hubo exacciones ni violencias, y los Seis, como se llamaba á los caballeros herreros, en ausencia de su maestro, que era el séptimo, continuaron sus trabajos y organizaron realmente una sociedad secreta. Esta sociedad que dicen que aun subsiste, á pesar de las proscripciones que se le han fulminado, tomó proporciones considerables

y contribuyó poderosamente á la revolución de 1815.

Entonces aconteció una cosa bien extraña. Monteleone, desterrado á Sicilia, tuvo la misma suerte que el rey Murat en el trono de Nápoles: se trató dos veces de asesinarle.

Bárbara, su parienta, y uno de los *Seis*, el brazo derecho de Monteleone, su hombre de confianza, el alemán del cual he hablado tantas veces, le acompañaron en su destierro, y durante él, acusaron á los Doria. Mario no quiso creerlo. Había encontrado á Giacomo en Sicilia; ¡Giacomo, padre infeliz de dos niños, un hijo y una hija!

El hijo de Giacomo tenía ya la edad viril.

Cuando la caída de Murat y la restauración de Fernando, pusieron término al destierro, Monteleone, Doria y su hijo Loredano pasaron el estrecho en el mismo buque y se sentaron uno al lado del otro en el mismo carruaje.

Trece días después, Joaquín Murat, proscrito á su vez, aventuró un desembarco en el reino de Nápoles. Pero la fortuna ya no le era propicia, y en un instante vió desvanecerse sus esperanzas. Hallándose sin ejército, sin acompañamiento, y perseguido por todas partes, determinó refugiarse en casa de Monteleone.

—¿Qué queréis de mí?—le preguntó Mario sin conocerle.

—Un asilo—respondió el rey;—estoy rendido de fatiga... pan y vino: tengo hambre.

—Estas son cosas que no se niegan á nadie, señor—dijo el maestro.

—Soy un proscrito—repuso Murat.

—Yo lo era ayer—contestó Monteleone.

—Habéis recibido mal de mí... quizá injustamente.

—Dios os lo perdone, señor... Yo os haré bien.

—¿Sin preguntarme el nombre?

—Sin preguntaros el nombre.

La sangre coloreó las pálidas mejillas del extranjero, el cual dejó caer hacia atrás la capa de paño que le cubría á medias el rostro. Luego adelantándose un paso, le dijo:

—Mario de Monteleone, yo soy Joaquín Napoleón, rey de Nápoles.

El maestro se inclinó profundamente y después permaneció con la cabeza descubierta.

—Señor—le dijo,—doy gracias á vuestra majestad por haber honrado mi casa con su visita.

Así diciendo tomó un blandón y salió por una puerta lateral. Murat le siguió en silencio. En este orden subieron al primer piso de la casa.

—Señor—dijo Mario Monteleone, presentando una silla al rey,—plegue á Dios que la Italia no tenga en lo sucesivo amo más duro que vos!... Lo que habéis hecho contra mí atañe á vuestra conciencia: yo no os quiero mal... Soy, es verdad, un servidor fiel de Fernando de Borbón, pero vos sois mi huésped. Juro que bajo mi techo comeréis en paz y dormiréis tranquilo.

Luego salió, pero para volver en seguida con vino y manjares.

—Por lo que á mí toca—continuó,—me fío de mis amigos y servidores... pero por lo que respecta á vuestra majestad no me fío sino de mí mismo.

Sentóse el rey á la mesa y comió con avidez. Monteleone le sirvió con la cabeza descubierta.

Después de la comida Mario guió al rey, conduciéndolo por la mano hasta su propio aposento. Allí le dijo:

—Señor, para llegar hasta vuestra majestad, vuestros enemigos deberán pasar sobre mi cadáver

Y se acostó vestido sobre un colchón atravesado delante de la puerta del rey.
Pero la traición velaba.

III

Hacia las tres de la madrugada la puerta de la casa fué derribada y penetraron en ella ciento cincuenta gendarmes y más de cien hombres de infantería.

No se hicieron tan siquiera las intimaciones de costumbre.

Cinco oficiales subieron al aposento del rey después de haber colocado centinelas en todas las avenidas. Al primer choque Monteleone cayó de rodillas atravesado de tres heridas, pero no por ello soltó su espada.

Ninguno de los cinco oficiales tuvo el triste honor de poner sus manos sobre el rey de Nápoles. Los soldados hallaron sus cinco cadáveres alrededor de Monteleone, desvanecido con la espada en la mano.

Murat escapó por una ventana y no se le pudo coger hasta la playa, después de una resistencia desesperada.

Tú sabes lo demás, hermana, á lo menos por lo que concierne á Murat.

Murat fué juzgado, condenado y ejecutado, en cuarenta y ocho horas. Monteleone fué también condenado por haber hecho armas contra su legítimo soberano.

Pero no hubo una sola persona en el país que creyese en la ejecución de Monteleone, el padre de los calabreses, el bienhechor, el santo, el hombre que más había sufrido por su fidelidad á Fernando, el amigo, el pariente de los Borbones, el hijo de los príncipes de Benavento!

Veinte mil voces—y esto es enorme en aquellos países—se levantaron durante toda la noche alrededor del castillo de Pizzo para reclamar la libertad de Monteleone.

El marqués de Francavilla anunció al pueblo que había mandado un correo á Salerno, donde se hallaba momentáneamente Fernando, para implorar la clemencia real. Entretanto los caballeros no estaban ociosos, sino que organizaban un golpe de mano para el caso en que Monteleone fuese condenado á muerte. Había diez veces más conjurados en torno de Pizzo que soldados de guarnición.

Esperóse dos días y dos noches.

En la mañana del día tercero apareció en el extremo del camino un correo real corriendo á todo escape y agitando una bandera blanca.

No se oyó más que un grito:

—¡Perdón! ¡Perdón!

En efecto, el rey había concedido su perdón.

Los caballeros del hierro se lanzaron al castillo ebrios de alegría: estaban más contentos que si hubiesen salvado á sus mujeres y á sus hijos. Para llevar á su padre á Martorello, habían preparado una camilla adornada con ramos y flores.

Pero en lugar de aquél, depositóse un cadáver en la camilla triunfal. Monteleone había sido asesinado en su prisión; algunos dicen por un hombre que había sido introducido la noche precedente en ella.

Un hombre que llevaba una máscara en el rostro. Los que decían esto añadían que había sido estrangulado con una correa...

Pero ¿cómo creer en esas fábulas que corren entre el pueblo?

Lo único que era verdad, es que había habido un asesinato. La responsabilidad recaía sobre los agentes del rey.